

La experiencia artística de Perotti y su gran dominio de la técnica está exigiendo ya una obra plena de calidades. Mientras el pintor, el escultor y el ceramista se obstina en seguir varios caminos, esa obra hecha de madurez, de técnica y de sensibilidad se hará esperar o no vendrá jamás. Y es que la verdad como dicen los franceses—*ne marche pas par quatre chemins*.

### La crítica y los artistas

La artista venezolana Angelina Curiel ha expuesto en la Sala de la Universidad un conjunto numeroso de esculturas, cerámicas, vitrales y acuarelas.

Con exclusión de las cerámicas en donde demuestra un gusto exquisito para imprimir las actitudes a sus figuras y para colorear, el resto de su obra está muy lejos de toda posibilidad crítica.

A pesar de ello queremos referirnos a esta exposición para asombrarnos de los excesos a que llegan ciertos «críticos» amistosos e improvisados en sus crónicas laudatorias. Con motivos de la exposición de referencia se ha vuelto a desorientar al público con artículos que en ningún caso están justificados. La señorita Curiel ha demostrado en su exposición un desconocimiento total de los elementos más simples que rigen la plástica. Hablar en este caso de *perfección técnica* y de *obra lograda* es prestar un flaco servicio a quien van dirigidos tan desmesurados elogios.

Nosotros entendemos que una crítica merecedora de este nombre debe estar enderezada a la comprensión de la obra de arte, pero también a explicar lo que ella supone dentro de la evolución particular del artista y del desarrollo general del espíritu creador. «El crítico debe potenciar la obra de arte», ha dicho Ortega y Gasset. Debe tender, añade en otra página maestra, a dotar al lector de un órgano visual más perfecto. Es decir, se trata de completar la obra artística. Si en vez de hacerlo

así se le añade el peluquín del elogio desmedido, el juicio crítico y la obra que lo provoca formarán un conjunto monstruoso.

Contra estas prácticas tan extendidas debe reaccionarse.

Torres-García, el inteligente artista uruguayo dice en su libro *Universalismo constructivo*: «¿Qué vale escribir de arte en un plano de vulgaridad? ¿Pero, qué vale el escribir de tal cosa en un plano superior, si apenas a nadie va a interesar? Ante esta alternativa ¿qué hay que hacer?».

Sin ninguna duda debemos inclinarnos por la segunda alternativa. El artista preocupado por realizar una obra de alcance universal, lleva su preferencia hacia una crítica que intente definirlo cabalmente. El comentario benévolo apoyado en el elogio trillado no beneficia en definitiva ese anhelo de creación ecuménica. Basado en la ignorancia del público el artículo sin altura y falta de autoridad sólo logra mezclar los auténticos valores de la plástica con la obra hueca y falsa, al artista verdadero con el «hacedor» de cuadros, al creador perseverante y bien orientado con aquél que es más bien digno de olvido.

El público tiene derecho a saber la verdad. Tiene derecho a que se le discrimine lo verdadero y auténtico de lo falso, a que se le enseñe a contemplar la obra de arte. El artista, a su vez, necesita de una colaboración sincera que lo encamine hacia una meta idónea con sus posibilidades expresivas y se le aparte de una ruta equivocada.

Hace días una escultora ha protestado airadamente de los conceptos emitidos por cierta parte de la crítica oficial. Pues bien, esa crítica estaba, en el fondo, más cerca de la verdad, por sincera, que todos aquellos comentaristas improvisados y huecos que escribieron benévolamente de su obra impulsados por razones que nada tienen que ver con la noble misión de ir aclarando el oscuro panorama del arte. Su alegato de que los grandes juicios han venido siempre de los artistas es falso. El ejemplo de un Van Gogh o de un André Lhote—por ella citados—es la excepción. Y es forzoso que así sea. El artista está tan encerra-

do en su propia obra que le resulta difícil ver más allá de sí mismo. Por estar implicado en el arte de una manera casi total, su juicio es parcial siempre. El crítico merecedor de este nombre tiene una visión más amplia y general. ¿Cómo olvidar que Baudelaire, que Diderot, que Wolfflin, que Elie Faure, que Eugenio d'Ors, que Ojetti, fueron exclusivamente críticos de arte?

Alguien que exaltaba ante don Ramón María del Valle Inclán la sapiencia de un comentarista musical, añadió como reforzando el elogio: «Además es un notable compositor». Ante el alegato, don Ramón dijo: «Eso es como si los lagartos, por el hecho de serlo, tuvieran que saber Historia Natural».

### La dignificación de lo popular

Waldo Vila ha expuesto en la sala de la Universidad un conjunto bastante heterogéneo de obras. ¿Se plantea el autor alguna interrogante estética? ¿Sabe cuál es su ruta? Difícil sería contestar ambas preguntas. No creo yo, sin embargo, que Vila sienta otro imperativo avasallador que esté fuera de la satisfacción de su anhelo de belleza.

Hay en estas telas de tan varia y distinta condición estética una caprichosa dualidad que funde con acierto lo popular—fiel trasunto de la vida, reflejo de actividades cotidianas—con lo artístico, que es selección de elementos significativos, para insuflarles la gracia del arte.

El pintor Waldo Vila capta—con sorprendente acuciosidad siendo un diletante—aquella expresión popular y la decanta en normas sintéticas, prescindiendo de lo superfluo: deforma y traza ritmos con el arabesco lineal, manteniendo una cohesión dinámica en la que todas las figuras de la composición están enlazadas férreamente. Sus obras son pues, un proceso de síntesis estilística con lo cual no hace más que seguir el ejemplo de los grandes decoradores, sean éstos barrocos, como Rubens, o idealistas neoclásicos como Chassériau, que además—y por eso son grandes—hicieron arte popular en el sentido más auténtico.